

COLON.

ACTO UNICO.

Camarote de Colón, á bordo de la Carabela *Santa-María*.—Una ventana al mar.— Una mesa con una luz; reloj de arena, una caña labrada, unas yerbas, esfera, cartas de marear, libros, papeles, una bocina, un mapa, un astrolábio, un compás.—Un taburete de época.—Un trofeo de armas de la época, dos hachas de abordaje.—Una estampa de la Virgen.—Cables.—Cadenas.— Un armario rústico.

ESCENA UNICA.

COLÓN.

¡La una!.....Doce de Octubre.....
¡Una hora más, un día más!
Y el horizonte quizás
Más se entolda, más se encubre.
¡Qué largas las horas son
Cuando el anhelo no cede!
Hoy será: mentir no puede
La voz de mi corazón.
¡Si con loco frenesí
Le siento aquí palpitar!
Si no es posible arrancar
La idea que bulle aquí!
¡Si la razón y la calma
Me dicen lo que el afán!
¡Si tras esta idea van
Las potencias de mi alma.

(Pausa pequeña.—Tomando un libro.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, NEXV

COLÓN.

Aquí la verdad se encierra
 Y ella me dice al oído:
 «No están en lo conocido
 Los límites de la tierra.
 Si es una esfera en verdad
 Lo que alcanzamos á ver,
 Como mitad ha de ser
 Igual á la otra mitad.
 Dios con su sabia firmeza
 Del otro lado del mar
 Las leyes no há de cam'iar
 Que dió á la naturaleza.»
 La razón es suficiente
 Y es mi fé tenaz y ciega;
 Hasta las Indias se llega
 Navegando al Occidente.
 Marco Polo y Estrabón,
 Haced vuestra ciencia mia
 Para que huelle algún día
 La Atlántida de Platón.

(Pónese á medir con el compás los grados de la carta de marear.)

Aquí el gran Khan . . . ya lo veo . . .
 Más . . . aún más . . . al Occidente
 Otro grado . . . no, no miente
 La ciencia de Ptolomeo,
 Claras cual la luz del día
 Son las sentencias que entraña;
 Miente más y más se engaña
 El monje de Alejandría.
 Miente más el que se aferra
 En creer contra razón
 Que ofende á la religión
 La redondez de la tierra.
 Miente el teólogo español
 Que ha soñado delirante

COLÓN.

Las murallas de diamante
 Tras las cuales gira el sol.
 Miente Lactancio, el profundo
 Sabio con su razonar
 Cuando se atrave á negar
 Las antípodas del mundo.
 Miente aquel que jura en vano
 Que pobladas no estarán
 Porque fué imposible á Adán
 Atravesar el Oceano;
 Y miente quien los misterios
 Equivoca de la fé
 Con que el mundo esté ó no esté
 Partido en dos hemisferios.

(Pausa.)

¡Qué lucha! ¡Qué desazón!
 Por defender un vestiglo!
 Si esta es la razón del siglo
 ¡Que pequeña es su razón!
 ¡Que mezquino es el anhelo
 Del que se obstina en cegar
 Y no quiere ni aun soñar
 En más tierra ni en más cielo!
 ¡Que espíritu tan común
 Que lo trillado prefiere
 Y siendo pequeño quiere
 Más pequeño hacerse aún!
 Cuando el creyente más fiel
 Que á Dios más digno parece
 Es quien el alma ennoblece
 Para llegar hasta él!

(Creciendo poco á poco en exaltación.)

Yo que con el alma henchida
 Con este anhelo ferviente,

COLÓN.

Buscando voy más ambiente,
 Más calor, más luz, más vida;
 Que sacudo y dejo atrás
 De mi siglo la abyección
 Y me ahogo en el rincón
 En que viven los demás;
 Yo que con llevar el nombre
 De siervo no me resigno;
 Yo que llamo noble y digno
 Al espíritu del hombre;
 Porque á la ignorancia temo
 Gano cuando al mundo invoco,
 De unos el nombre de loco,
 De los más el de blasfemo.
 ¡Loco! ¡y anhela la luz
 Este espíritu errabundo!
 ¡Blasfemo! Y busco otro mundo.
 Donde ir á plantar la cruz!

(Pausa)

De gloria y de religión
 Es mi ambición extremada,
 Y siempre, siempre frustrada
 He mirado mi ambición
 Patria que en mi juventud
 Me prodigaste desvíos,
 Otros labios, no los míos,
 Maldigan tu ingratitud.
 Inglaterra descreída
 Que juzgaste delirante
 Esta creencia constante
 Que es mi anhelo y es mi vida.
 Portugal, tierra traidora,
 Que me quisiste robar
 Mi tesoro, por saciar
 La ambición que te devora;
 Teólogos sin lealtad

COLÓN.

Que con depravada mira
 Dijisteis que era mentira
 Pensando que era verdad;
 Tribunal airado y ciego
 Que eres tú mismo pecado
 Y rujes por que he escapado
 A tu cordel y á tu fuego;
 Guerra atroz contra el infiel
 Que agitan propios y extraños
 Y que has sido tantos años
 Mi enemigo más cruel;
 Todos, todos vedme ufano
 Vuestra asechanza burlar:
 Mirad al loco cruzar
 Las olas del Oceano.
 Ved á Colón que se lanza
 Donde vé á la luz llamarle,
 No habeis podido arrancarle
 Ni un girón de su esperanza!

(Pausa.)

Mañana quizá de hinojos
 Postrado en el indio suelo
 Alzaré en ferviente celo
 A Dios mis nublados ojos.
 Y henchido mi corazón
 De alegría y de contento
 Veré el ancho firmamento
 Sobre la gran extensión;
 Veré horizontes mejores
 Tras un espléndido tul,
 Otro cielo más azul,
 Otras aves y otras flores.
 Entonces á dicha tanta
 No siendo mi pecho ageno,
 No habrá palmo de terreno
 Donde no asiente mi planta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Vol. 1625 MONTERREY, N.P.M.

Cuando esto, cuando esto sea.
 Como es en mi pensamiento,
 Cuando esparcida en el viento
 Vague flotando mi idea;
 Y sin duelos ni pesares
 Una voz del interior
 Me diga: Tú eres señor
 De esa tierra y esos mares;
 Cuando ni rango ni edad
 Ejercen en mí ascendiente
 Y sobre todo viviente
 Impere mi voluntad;
 Cuando con admiración
 Digan al verme delante:
 Ese es el gran Admirante,
 Ese es Cristóbal Colón;
 Entonces, entonces pues,
 Los que ayer me denostábais,
 ¿Que direis del que llamábais
 El mendigo genovés?

(Pausa.—Transición.)

¡Ah! Corazón que te precias
 De tus nobles sensaciones,
 ¡Qué torpes tus creaciones,
 Qué torpes son y qué necias!
 Crees que la razón quizás
 De la pequeñez te libra,
 Cuando eres fibra por fibra
 Semejante á los demás.
 Basta ya de necio ensueño
 Y de orgullosa ambición
 Si no quieres corazón
 Ser miserable y pequeño.
 No de la venganza en pos
 Me lleva mi ardiente anhelo:
 Quiero levantarme al cielo
 Quiero llegar hasta Dios.

Quiero que en mi alma no mande
 Ningún impulso villano,
 Y que el espíritu humano
 Sea noble, sea digno y grande.
 ¡Si mi ambición es sincera!
 ¡Si es mi orgullo el del derecho!
 ¡Si nunca abrigó mi pecho
 Ninguna maldad rastrera!
 ¡Ah! Si mi indigna pasión
 Quisieras tú castigar!
 ¡Si me fueras á negar.....!

Dice esta frase con pavor, y á impulsos del mismo exclama:)

¡Perdón, Dios mio, perdón!

(Pausa.)

¡Con qué inexorable calma
 El lento tiempo camina
 Cuando se lleva una espina
 Clavada dentro del alma!
 Cada hora, cada momento
 Mi ansioso espíritu anhela
 Prestar á mi carabela
 Las alas del pensamiento.
 Y son contra mi ansiedad
 Por no rendirme tributo,
 Un siglo cada minuto
 Cada hora una eternidad.
 De temor y de pavora
 Me conmuevo rudamente,
 Mientras devora mi frente
 Ardorosa calentura.
 De mi pecho el palpitar
 Es violento é imperfecto;
 El vuelo de un pobre insecto
 Me hace cobarde temblar.
 Dudas horribles, impías,

De mi espíritu se aferran,
Y mis ojos no se cierran
Desde hace ya muchos días.
¡Ah! Rendido á su miseria
Este cuerpo sucumbiera
Si el alma no sostuviera
Mi agonizante materia.

(Con exaltación más y más creciente)

Pero vive el pensamiento
Porque el alma no envejece,
Por eso no languidece
Está latido violento.
Por eso nada hay que quiebre
Mi vigor ni que me abrume;
Mi cuerpo no se consume
Aunque lo abraze la fiebre.
Su torpe debilidad
Aun encierra una alma altiva
Y esta le dá porque viva
Fuerzas de la voluntad.
Mientras ella no le niegue
A la materia su fuerza,
Nada hay que mi anhelo tuerza.
No hay nada que me doblegue.
Pues cada chispa encendida
Que del espíritu brota,
Me dá de sangre una gota,
Me presta un soplo de vida.
¡Ah! ¡Sí! Mi anhelo ferviente
Más acrece y más se aferra:
Estoy mirando la tierra,
Veo las playas de Occidente!
Y en ellas miro un laurel,
El premio de la victoria:
Una corona de gloria
Para la reina Isabel:

Para ella, cuyos destellos
Embellecen cuanto toca
Y sólo flores coloca
Sobre sus rubios cabellos;
Pues gustosa quiso dar
Perlas y joyas valiosas
Por estas naves airosas
Que hoy cruzan el ancho mar.

(Pausa pequeña.)

Deseo del alma mía,
¡Cómo avanzas, cómo vuelas!
¡Volad, volad, carabelas
Cual vuela mi fantasía!
La luz radiante fulgura:
Ya la alcanzo, ya la veo.....
No, no es un vago deseo
De mi ardiente calentura.
No de mi delirio en pos
Perdí la razón y calma;
Me lo está diciendo el alma,
Me lo está diciendo Dios.
Anuncio ha sido del cielo
Y es presagio en que yo fío
El ave que en el navío
Detuvo su raudó vuelo.
La tierra están anunciando
Flotando la hierba ignota,
Aleteando la gaviota
Y los pájaros cantando.
«Tierra» me dice esta flor;
«Tierra» esta caña labrada;
«Tierra» esta planta arrancada
Por la mano de un pastor.
«Tierra» este junco lozano
Con su frescura y verdores:
«Tierra» el aroma de flores

Que vaga en el Océano.
Y «tierra», «tierra», indicó
Rasgando el negro capuz,
Aquella movible luz
Que hace un momento brilló.

(Pausa.—En seguida como despertando un mundo de recuerdos, en los momentos de confianza.)

Allá me esperan en tanto,
Sin ser de mi afán testigos,
Los nobles, fieles amigos
De mi pena y mi quebranto.
Allá su anhelo refrena
En el fondo del convento,
El hombre de gran aliento,
El buen Pérez, de Marchena.
Santángel y Quintanilla
Velan quizás á esta hora,
Y vela mi intercesora
Beatriz de Bobadilla.
¿Y nadie más? Calla, calla
Memoria, rudo tormento,
No digas que el sentimiento
Al corazón avasalla.
¿Porqué os agolpais aquí
Recuerdos de un dulce amor!
¿Porqué manchais de dolor
Mi anhelo frenesí?
¿Si mi angustioso quebranto
Fin á mi existencia diera!
¿Si liquidarme pudiera
En el raudal de mi llanto!
¿Ah! Por el culpable yerro
De darme de amor la palma,
Sufre el alma de mi alma
La esclavitud de un encierro.

(Con ternura.)

Por amar á este infeliz
Que to los juzgan demente,
Todo lo pierde inocente
Ni dulce prenda Beatriz.
Ese amor puro y sencillo
Premió su hermano violento
Dándole por aposento
Un torreón de su castillo.
La nobleza de su estado,
Riqueza, alcurnia perdió:
Todo al instante lo vió.
De un sólo golpe tronchadó.

(Más y más tierno hasta concluir en sollozos)

¡Ay! La desdicha mayor
Con otro golpe la ha herido;
Ya para siempre ha perdido
Al fruto de nuestro amor.
De gentes fieras, extrañas,
Mártir vive rodeada,
¿Qué hará la madre apartada
Del hijo de sus entrañas?
¿Cómo vivir, si perdida
Lleva por fatalidad
Del corazón la mitad
Y la mitad de su vida?
Dueño de mi eterna fé
Y de mi ardiente pasión;
Pedazo del corazón,
Ya nunca más te veré.
Con indomable firmeza
Te amo como nunca ciego,
Que oculta un volcán de fuego
La nieve de mi cabeza.
Dueño amado, dueño mío,
Si un suspiro por mí exhalas,
Del pensamiento en las alas
Otro suspiro te envío.

Y al verlo triste partir
 Mi ruda firmeza pierdo;
 Dulce prenda, á tu recuerdo
 Me estoy sintiendo morir.
 Un abismo entre los dos
 El cielo quiso poner.
 ¡Adios, mitad de mi sér!
 ¡Adios, para siempre adiós!

(Pausa.—Transición.)

Estallar mi frente siento
 Por comprimidos vapores,
 ¡Cuántos rudos torcedores
 Para un pobre pensamiento!
 Mis crueles pesares son
 De otros mayores testigos.
 ¡Contra cuántos enemigos
 Batalla mi corazón!

(Asomándose á la escotilla.)

Pasa el tiempo, y más se cierra
 El horizonte en el mar;
 Aun no se alcanza á mirar
 Ni un sólo palmo de tierra
 Mis esfuerzos destruidos
 De ardiente fiebre á la sed,
 Me abandonan á merced
 De un puñado de bandidos.
 Y me siento consumir
 Por la angustia y el afán,
 Y amenazándome están,
 Y el plazo se va á cumplir.
 Hombres son que muchas veces
 Mostraron su sér villano;
 Me arrojarán al Oceano
 Como pasto de los peces.
 Para calmar su zozobra

Bueno el medio encontrarán,
 Y á España regresarán
 Satisfechos de su obra.
 Y dirán teniendo en poco
 El crimen que los afrenta:
 “Las olas han dado cuenta
 De ese miserable loco”
 Morir . . . ¡Dulce libertad!
 Hacerme dichoso quieren,
 Distrutan los que se mueren
 Eterna felicidad.
 ¡Ah! No, no. Que mi ambición
 No puede obrar de esa suerte;
 Puedo resistir la muerte
 Pero no la humillación

(Con energía bien marcada.)

En mí bien puedo sufrir
 Que ley su capricho sea;
 ¡Pero asesinar mi idea!
 ¡Esa no puede morir!
 No lograrán ni un momento
 Que mi voluntad se tuerza:
 Tengo sobre ellos la fuerza
 Divina del pensamiento.
 ¡Ellos rendirme! No es
 Posible rendirme á mí;
 Arrepentidos les ví,
 De rodillas á mis piés.
 No blasonan de hidalgúa
 Mas callados sufrirán.
 ¡Donde, si no, marcharán
 Sin su jefe, sin su guía?

(Volviendo á asomarse á la escotilla con febril ansiedad.)

¡Nada! ¡Nada! ¡Qué ansiedad!
 Late el corazón de prisa

Y tan sólo se divisa
 El cielo y la inmensidad.
 ¡Nada!..... La mar enemiga
 Para sí todo ambiciona,
 ¡Nada!..... Es que Dios me abandona,
 Es que el cielo me castiga.
 Dios me agobia de pesares
 Porque como falta vé
 Que á estos hombres arranqué
 Del seno de sus hogares.
 Con acciones inhumanas
 Les obligué á navegar
 Haciéndoles olvidar
 Hijos, esposas, hermanas.
 Lo hice así; su aflicción
 No fué de mi alma señora,
 Y cual yo tiene ahora
 destrozado el corazón.
 Hoy las piedras que lanzaron
 Siento caer sobre mí,
 Hoy miro correr aquí
 Las lágrimas que lloraron.
 Y están en mi oído fijos
 Con sus quejas dolorosas,
 Los gritos de las esposas,
 Los lamentos de los hijos.
 ¡Qué afán! ¡Qué afán! No respiro....
 Me abraso ya..... me sofoco.....
 ¿Será verdad que estoy loco?
 ¿Será verdad que deliro?
 Aire..... mas aire.... ¡Qué estrecho,
 ¡Qué estrecho es este lugar!
 Aire..... me quieren ahogar
 Los latidos de mi pecho!
 Dios que hiciste la razón
 Del hombre, y el sentimiento,
 Por qué le das pensamiento
 Si has de negarle la acción?

¿Por qué dejas que importuna
 Una idea en él se ejerza
 Si has de entregarle sin fuerza
 En brazos de la fortuna?
 ¿Por qué, si eres de bondad
 Dios, en su duelo te gozas?
 ¿Por qué su mente destrozas?.....

(En los momentos de llegar hasta la blasfemia, Colón es interrumpido por el ruido de un cañonazo, que se supone parte de la carabela PINTA que marchaba delante. Al oírlo, queda posesionado de terror por las palabras que vierte; poco á poco sus afectos van pasando á la admiración y á la alegría sin límites, casi delirantes que el autor ha pretendido expresar en los siguientes versos.

¡Piedad, Dios mío; piedad!

(En estos momentos se dejan oír los gritos de los marineros: "¡Tierra!" "¡Tierra!" Se escucha además el silbato del contramaestre, y el ruido de cadenas y marmullos de voces, indicando que comienza la maniobra. Colón, que ha caído de rodillas, se levanta

¿Qué escuché?..... ¡La luz, la luz!
 ¡Tierra! ¡tierra!.... ¡La victoria!
 ¡Gloria á Dios, eterna gloria!
 ¡Gloria al que murió en la cruz!
 ¿Será verdad? ¿No deliro?

(La exclamación siguiente queda confiada al talento del actor. Baste decir que Colón realiza en esos momentos el sueño de muchos años.)

¡Tierra? ¡La he llegado á ver!
 ¡Si no lo quiero creer!.....
 ¡Pero la miro!..... ¡La miro!
 Ojos, mis ojos, mirad
 La tierra, miradla en tanto

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO LERIO"
 1627

COLÓN.

Que os deja ver este llanto
Llanto de felicidad.
Ved la causa de mis ruegos,
De aquel afán que aun me aterra
Mis ojos, mirad la tierra
Aunque después quedeis ciegos.
El velo rasgó por fin
Este humilde vagabundo:
Ya puede cruzar el mundo
L'el uno al otro confín.
Puede ya, por fin, guiado
Por fé y caridad fervientes,
Mostrar á todas las gentes
I a ley del Crucificado.
¡Perdón, Dios mío, perdón,
Si débil llegué á dudar!.....
¡Ah! ¡De hoy más no han de llamar
I oco á CRISTÓBAL COLÓN!

TELÓN RÁPIDO.

FIN.

BIBLIOTECA GENERAL
U. N. A. U.

